

Vigésimo quinto domingo durante el año, ciclo B

19 de septiembre de 2021

Mario Michiaki Yamanouchi,
Obispo de la diócesis de Saitama

Hermanos,

Creo que ustedes se habrán dado cuenta de que llevamos ya varios domingos que estamos siguiendo el camino de Jesús según el evangelio de san Marcos (Año o ciclo B). Esto se debe a que la liturgia de la Iglesia ha propuesto dividir las lecturas evangélicas de los domingos del tiempo ordinario en tres ciclos :para año A san Mateo, Año B san Marcos y san Juan, y Año C san Lucas. Así en el ciclo de tres años podemos escuchar los pasajes más importantes sobre los hechos y las enseñanzas más importantes de Jesús que han recogido los evangelistas para testimoniarnos quién es Jesús y trazarnos el camino que debemos seguir los cristianos a lo largo de nuestra vida.

Siguiendo los pasos de la vida de Jesús , según el evangelio de san Marcos, el domingo pasado entramos en la segunda parte del evangelio, esto es, el último viaje de Jesús hacia Jerusalén donde culminará su misión recibido de Dios, su Padre.

Después de que Pedro, en nombre de todos, profesara la fe en Jesús, reconociéndolo como el Mesías (Mc 8.29), Jesús empieza a hablar abiertamente de lo que le sucederá al final.

El evangelista refiere tres predicciones sucesivas de la muerte y resurrección (Mc capítulos 8, 9 y 10) : en ellas Jesús anuncia de manera cada vez más clara el destino que le espera.

El pasaje de este domingo contiene el segundo de estos anuncios. Jesús dice : *“ El Hijo del hombre – expresión con la que se designa a sí mismo- va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; después de muerto a los tres días resucitará”* (Mc 9.31). Pero los discípulos *“no entendían lo que decía y les daba miedo preguntarle”* (versículo 32).

Hay un profunda distancia interior entre Jesús y los discípulos

En efecto, leyendo esta parte del relato de Marcos se evidencia que entre Jesús y los discípulos existía una profunda distancia interior; se encuentra, por así decirlo, en dos longitudes de onda distintas, de forma que los discursos del Maestro no es comprendido por los discípulos, éstos sólo comprenden superficialmente lo anunciado por Jesús. Esto lo vemos en los siguientes pasajes.

El apóstol Pedro, inmediatamente después de haber manifestado su fe en Jesús, se permite reprocharle porque ha predicho que tendrá que ser rechazado y matado.

Tras el segundo anuncio de la pasión, los discípulos se ponen a discutir quién de ellos será el más grande (Mc 9.34); y después del tercero, Santiago y Juan piden a Jesús poderse sentar a su derecha y a su izquierda, cuando esté en la gloria (Mc 10.34-35).

Existen más señales de distancia: por ejemplo, los discípulos no consiguen curar a un muchacho epiléptico, a quien después Jesús sana con la fuerza de la oración (Mc 9.14-29); o cuando se le presentan niños a Jesús, los discípulos les regañan y Jesús en cambio, indignado, hace que se queden y afirma que sólo quien es como ellos puede entrar en el Reino de Dios (Mc 10.13-16).

Nos recuerda que la lógica de Dios es siempre “otra” respecto a la nuestra, como reveló Dios mismo por la boca del profeta Isaías : *“Mis planes no son sus planes, sus caminos no son mis caminos”*(Is 55.8). Por eso, seguir al Señor requiere siempre del hombre, de todos nosotros, una profunda conversión, un cambio en el modo de pensar y de vivir; requiere abrir el corazón a la escucha para dejarse iluminar y transformarse interiormente.

Un punto clave en el que Dios y el hombre se diferencian es el orgullo: en Dios no hay orgullo porque El es toda la plenitud y tiende todo a amar y donar vida; en nosotros los hombres, en cambio, el orgullo está enraizado en lo íntimo y requiere constante vigilancia y purificación. Nosotros, que somos pequeños, aspiramos a parecer grandes, a ser lo primeros; mientras que Dios, que es realmente grande, no teme abajarse y hacer el último. Podemos leer la carta a los Filipenses para comprender un poco más sobre esto en el capítulo 2.6-11 : “Cristo, siervo de Dios, humillado y exaltado”.

Segunda lectura : envidias y contiendas en las comunidades (Carta de Santiago 3.16-4.3)

A pesar de que los primeros cristianos conocían bien este hecho que cuenta el evangelista Marcos, sobre la discusión de los discípulos de quién es el más grande y , sobre todo, de haberla memorizado las palabras de Jesús : *“Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”* (Mc 9.35), con frecuencia surgían problemas en las comunidades por estas pretensiones de sus miembros.

Por eso, Santiago, en la segunda lectura de hoy, les recuerda a los cristianos de su comunidad, como también a todos nosotros hoy, de que: *“Donde existen envidias y espíritu de contienda, hay desconcierto y toda clase de maldad. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, además pacífica, compaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía!”* Y el apóstol concluye: *¡Frutos de justicia se siembran en la paz para los que procuran la paz”* (Santiago 3.16-18).

Estas palabras nos hacen pensar en el testimonio de aquellos cristianos que, con humildad y en silencio, entregan su vida al servicio de los demás siguiendo el ejemplo de Jesús, trabajando como servidores del amor y de la misericordia de Dios, y así son artífices de la verdadera paz.

No cabe duda de que seguir a Jesús es difícil, lo fue muy difícil para sus discípulos, pero ellos después de Pentecostés, comprendieron aquello que les dijo Jesús : *“Sólo quien pierde la vida por mi causa y del Evangelio, la salvará”* (Mc 8.35). Y así, ellos no tuvieron miedo a ser perseguidos y después de ser atormentados murieron confesando ser cristianos.

Primera lectura : Sabiduría (2.12,17-20) : Los justos son los verdaderos sabios de este mundo

Después de meditar un poco sobre el evangelio y la carta de Santiago podemos comprender mejor la primera lectura del libro de la Sabiduría que habla del “justo” que es burlado, criticado, rechazado y hasta marginado del círculo social por los malvados. A muchos cristianos nos puede pasar esta dura experiencia en nuestros ambientes de trabajo, e incluso entre nuestros familiares, por ser bondadoso, tolerante, generoso y paciente.

Los “justos” del que habla la primera lectura, son los verdaderos sabios según las enseñanzas de Jesús. Son los que realmente trabajan por estar al lado de los más débiles (enfermos, ancianos, huérfanos) y también con su ejemplo de vida reclaman a los poderosos y ricos a que piensen más en el bien común de todos, siendo más generosos con los menos favorecidos de la sociedad.

Terminemos pidiendo a la Virgen María y a san José que nos ayuden a vivir el evangelio de hoy con alegría y de no tener vergüenza de ser discípulos de Jesús en medio de un ambiente que poco y nada conocen de Jesús ni de su evangelio.